

tres en demanda de auxilio. El arzobispo de Rávena tramaba inteligencias secretas con los mal contentos y requería las armas para combates de otro carácter que las portias eclesiásticas. Rehusaba todo concurso al Papa y lo concedía todo completo y sin reservas á los numerosos enemigos de éste. Entre los más tenaces hallábase Cencio, último representante de aquellos patricios resueltos á contrastar el poder pontificio en Roma y convertir la ciudad al estado laico. Perseguido, acosado, puesto en tormento, desposeído de sus feudos, encerrado en las cárceles pontificias, sujeto á ver cómo desmantelaban los gregorianos sus fortalezas y talaban sus tierras, condenado á muerte y debiendo la vida al enemigo misericordioso, cuya piedad redoblaba su odio, maquinó una conjuración espantosa con aquella copia de recursos tradicional en su familia y con aquella celeridad de ejecución adquirida por larguísima experiencia en el privilegiado suelo de los milagros políticos, y en el comercio continuo con la romana historia. En el monte Esquilino, allá por el siglo quinto, con las magníficas columnas de mármol arrancadas al templo de Lucina, fundóse la majestuosa iglesia consagrada á la Virgen y conocida con el nombre de Santa María la Mayor, por ser el más espacioso templo de los dedicados al dulce nombre de la Madre de Cristo en la Ciudad Eterna. Y naturalmente allí, en la Noche Buena, ante el sacratísimo altar consagrado al Santo Pesebre, decía el Papa esa misa, llamada entre nosotros del Gallo, que recuerda el alba ó aurora de la vida, el amor maternal, los afectos más puros del alma y los objetos más santos del hogar. Oíanse los cánticos de gloria con el repique de las campanas acompañados, y que semejaban al *hosanna* dicho por las jerarquías celestes, cuando se inclinaban para ver el portal de Belén, donde nacía, por los animales de los establos abrigado contra los elementos, el Redentor de los hombres. Y en tan piadosa ceremonia suenan voces de rebelión, vibran armas de muerte, surgen conjurados de todas partes, y sucede uno de los mayores desacatos que guarda esta Historia de los siglos medios, tan obscurecida por las supersticiones y manchada por las guerras. Vuélvese al ruido el Papa, y la horrible aleve mano de Cencio lo derriba en tierra, le arrastra de los cabellos, le arroja sobre cabalgadura ya aparejada y apercebida, lo lleva entre las tinieblas á su propio palacio, y lo encierra en uno de sus feudales calabozos, donde le escupieron y le maltrataron desde las mujeres hasta los siervos, poniendo á prueba aquel desmedido orgullo completado por santa y verdadera paciencia. Fué necesario que la ciudad se conmoviese como si á ella misma le infirieran el agravio; que las torres tocaran á rebato como si reapareciera el asalto de los godos ó el incendio de Nerón; que aquel pueblo empuñase las armas como para defender sus hogares amenazados; que las huestes pontificias coronasen todas las alturas y arremetiesen contra todos los antigregorianos; que el clero cu briesse de luto los altares y amenazase á Cencio con la pena de muerte en este mundo y la excomunión mayor en el otro; para que el soberbio patricio soltase al Papa y le pidiera un perdón, que no le fué concedido, sino después de imponerle como penitencia la pere-

grinación á los Santos Lugares de Jerusalén. Tal tumulto, movido por los arrebatos de un patricio, pero maquinado en el pensamiento de un arzobispo, demuestra muy claro hasta qué punto extremo en la Iglesia repugnaban las reformas de Gregorio VII, y la constancia rayana en tenacidad con que las proseguía, para arrancar del suelo á la Iglesia y ponerla, como señora universal de los humanos, luciendo y gobernando, allá en las alturas del Empíreo.

Si á tales atrevimientos era osado el clero de Italia, imaginaos á lo que sería osado el clero de Francia y de Alemania. Los clérigos de París abofetearon al legado del Papa en pleno sínodo. Los de Alemania llamábanle loco furioso, denominación que corría de pastoral en pastoral y de sermón en sermón. Reunidos en Erfurh muchos obispos para optar entre sus mitras y sus mujeres, tornáronse contra el Papa y le dijeron que si quería serafines para clérigos los pidiese al cielo, pues los hombres suelen abandonar padre, madre y hogar, por sus carísimas esposas. Hasta los pueblos se levantaban en armas con esa facilidad que suelen tener de sustentar todas las causas y sentir todas las pasiones. Un prelado de Bremer, trató al Pontífice de testarudo y le arguyó de consultar solamente su propia voluntad y proceder con los príncipes de la Iglesia como con sus criados y feudatarios, lo cual encerraba muchos y muy graves males. El obispo de Bamberg organizó una porfiada resistencia. El de Constanza concedió á sus inferiores licencias de casamiento, conjurándoles á que se rieran á todo reir de los decretos del Papa. Los desórdenes de la clerecía son tantos y tales, que los laicos prescinden por completo de los clérigos y bautizan con las propias manos á sus hijos, creyéndolas más idóneas para administrar los sacramentos que las manos consagradas y ungidas. Gregorio VII, contrastaba todas estas maquinaciones con la inflexible entereza de su indómita voluntad, y decía muchas veces para sí mismo, aplicándose las siguientes palabras de los profetas: «Hijo del hombre, te he puesto de guardador en la casa de Israel. Repetirás, pues, al pueblo de mi parte cuanto recojas de mis labios. Si digo al impío «morirás», y no se lo adviertes para que se preserve, morirá en pecado, y te pedirá cuenta de su sangre». Y á veces decía también: «¡Ay de aquel que tema ensangrentar su espada!» Y otras veces con el Apóstol: «Si tuviera complacencias con los hombres, no podía contarme entre los siervos de Dios.» Pero muchas veces, sobre todo en el terrible invierno de 1075, viendo á los clérigos desconocer la grande autoridad que les procuraba y á los obispos tornarse contra sus propios intereses por no cumplir canónicos y necesarios mandamientos; atribulado por las rebeliones de innumerables gentes que se unían á los desacatos de innumerables sínodos, en pugna con las supersticiones de los débiles y con las fuerzas de los poderosos; abrumado por el peso de su propia obra y herido por los filos de sus propias armas; indecible dolor asaltó aquel corazón de tanto temple, dolor que le movía en sus angustias á pedir á Dios le llevara de este mundo para no ver la Iglesia en duelo y los obispos fuera de las vías canónicas, y el

orgullo de los poderosos de la tierra pegado á los siervos del señor, y los intereses de un día, sobrepuestos á la justicia eterna por los Reyes, y el culto de la fuerza elevado á religión por los pueblos, y los romanos peores que los judíos, y los lombardos y normandos en pleno paganismo, y así mismo tan abandonado y solitario que su vida se compendia en eternal agonía y su esperanza toda entera en la seguridad de una próxima muerte. Mas tantos obstáculos caerán vencidos por la mayor entre las grandes facultades de Hildebrando, por la voluntad, dotada de incontrastable empuje. Delegado del cielo, representante del alma, ungido de Dios, personificación de la Iglesia, cabeza de todas las jerarquías eclesiásticas, vicario de Cristo, Rey en Roma, encargado por la Providencia de trazar la ciudad celeste del ideal sobre la tierra ensangrentada del feudalismo, verá llegar á sus pies el confesor Pedro Damiano que le ofrecerá mover las conciencias con su palabra de fuego; la poderosa condesa Matilde, ceñida de casco y peto como antigua amazona, que pondrá á su disposición las milicias señoriales; la emperatriz Inés, que arrojará á sus plantas la púrpura cesárea, para ceñirse en San Pedro enlutado el velo de las esposas del señor; los abades y priores y generales de todas las órdenes que le llevarán la seguridad de suscitar una milicia espiritual, como jamás se viera otra en la Iglesia para conquistar el motor de todas las acciones, el interior espíritu de la humanidad; el cardenal Hugo, representante de las antiguas tradiciones, que se postrará de hinojos para adorarle y recibir de sus manos y llevar hasta los últimos límites de Occidente los cánones de sus reformas; y en el zenit de este poder moral, más intenso en realidad cuanto más débil é inerte en apariencia, subleva, como hemos visto, al pueblo romano contra sus patricios que aun soñaban con levantar las colosales instituciones antiguas para oscurecer á su sombra la tiara católica; opone el conde del Norte, Godofredo el *Barbudo*, á los rebeldes del mediodía de Italia, moviendo á las milicias feudales con sus voces, como el viento mueve las olas oceánicas con sus ráfagas; ampara en Milán á Hermelando, que llega á Tierra Santa como peregrino y viste la cota de malla como soldado, para coger la bandera pontificia y ahogar toda rebelión; conmina al emperador de Alemania como el padre al hijo y le amenaza como el Rey al vasallo y le castiga como el señor al siervo; dirige órdenes desde Salerno hasta Dinamarca y desde León hasta Bohemia; recuerda á los magyares que por San Esteban posee su espléndida corona como á los polacos que el Rey Boleslao, le ha servido en pleito homenaje; penetra con su verbo tan difusivo como un rayo de luz en las tierras escandinavas donde todavía adoraban á los dioses odínicos y deja semillas allí de ideas católicas con comienzos é iniciaciones de disciplina eclesiástica, da unidad á Francia con su legión sagrada de Cluny y su arzobispo omnipotente de Reims y hace temblar á los capetos; pide Castilla en sus victorias y reivindica Portugal en su cuna por medio de las princesas de Borgoña, educadas á su vista y poseídas de sus ideas; manda imperiosamente á los legados apostólicos que recuerden á Navarra y á Aragón sus antiguos títulos

más ó menos verídicos de feudos eclesiásticos; y para coronar esta magna obra, idea una cruzada universal que congregue los pueblos y los confunda con los reyes á fin de dirigirlos á todos á Jerusalén y extraer del sepulcro de Cristo lleno de milagros la unidad espiritual del mundo, y sobre esta unidad erigir el poder sublime de la teocracia, mediante el cual podrán parecerse los Papas de la tierra en algo al Dios de los cielos.

Grave cosa destruir lo que había costado tal esfuerzo levantar. Las grandes innovaciones, lo mismo durante la cruel Edad Media que ahora, en plena cultura de los espíritus y plena civilización de los pueblos, cuestan sacrificios enormes, y no se logran sino con dolores y estremecimientos connaturales á todo partido social. Tanto como exigiera de pena cruel y combate cruento establecer en la Iglesia el celibato eclesiástico, debía costar en la revolución el inútil intento de abolirlo. Bien es verdad que, para manifestar y poner por obra este intento, necesitó la revolución tocar con mano audaz á la Iglesia. El malestar económico y la social miseria; obras del absolutismo y la teocracia, espolearon al Congreso francés á levantarse con los bienes eclesiásticos y declararlos propiedad nacional. A este decreto, de carácter económico, revolvióse airado el clero, y á pesar de que una minoría en cuerpo tan importante, compuesto de innumerables sacerdotes, aceptaba y aun proponía el sacrificio de las cuantiosas rentas eclesiásticas, al mayor número le repugnaba con repugnancia invencible, patetísima en cien manifestaciones, y lo resistía con fuertes resistencias, rayanas en erupciones volcánicas de reacción violenta y de guerra civil desastrosa. Del invencible obstáculo, pues, encontrado en el clero á la reforma económica, nació el primer motivo, la ocasional causa de que la revolución se metiera con la Iglesia en términos de querer alterarla por modos y maneras, los cuales iban derechos á conmovierla y aun á destruirla. Habíanse asido en liga fuerte Iglesia y Monarca dentro del Gobierno y Estado católico. Así, tal como la revolución los encontrara de unidos á su advenimiento, no podía evitar cayesen sobre un poder los golpes asestados al otro. En cada choque de la corona con la revolución, retemblaba la tierra, y el rayo caído sobre los tronos corríase por su propia fuerza y su natural movimiento á los templos. Aunque Francia, por Clodoveo, cuya conversión arrastró en pos de sí la conversión de casi todos los Príncipes arrianos, y cuyo bautizo derramó el agua lustral católica sobre innumerables tribus bárbaras; por Pipino, quien, al presentir el advenimiento de inevitable régimen feudal, hizo primero entre los feudos aquel no bien denominado patrimonio de San Pedro, que los Pontífices romanos pretendían ser una donación generosa del César, fundador de Bizancio; por el incomparable Carlo-Magno, Dios del Imperio de Occidente, cuyo cetro fuera una espada que forjaron los Papas en defensa de su poder universal y único; por Carlos Martel, que redujera el Califato, rival de los Pontífices y de su Pontificado, aquende los Pirineos; por otras mil concausas sociales y otros mil personajes históricos, fuese la nación hija predilecta del Catolicismo; esto no pudo nunca obstar á que fundara con Felipe Au-

*gusto* y Felipe el *Hermoso* la supremacía civil y la supremacía política sobre los poderes eclesiásticos; aboliera los templarios, el ejército feudal de los Papas; dominara los Concilios predecesores al de Trento, contrastando al absolutismo romano, y queriendo rodearlo de un régimen parlamentario; coadyuvase al triunfo del Protestantismo, hasta vencer los esfuerzos del Imperio español para destruirlo y ahogarlo en su cuna; contribuyera con su promulgación del Edicto de Nantes á la tolerancia religiosa interior en cada pueblo europeo y con el asentimiento á la paz de Westfalia coronara esta nacional tolerancia con la tolerancia internacional, elaborando así una gran parte del oxígeno vivificador á que llamaríamos como alma de nuestra sociedad progresiva, el espíritu moderno. Pero esta obra se detuvo en la segunda mitad del siglo décimo-séptimo. Luis XIV, en sus postrimerías, entregó alma y cuerpo á la reacción universal, que le sugiriera la infame revocación del Edicto de Nantes y la triste influencia de los jesuitas en Versalles. Aunque bajo Luis XV voluptuoso y epicúreo sucesor de Luis XIV, los jesuitas fueron expulsados: á esta expulsión los clérigos contribuyeron á una tanto por interés, cuanto habían los filósofos contribuido por convicción; y el pacto entre la Iglesia y la Monarquía se renovó con fuerza, la cual impelió el espíritu revolucionario á invadir desde los santuarios del Rey hasta los santuarios del Papa. De aquí la ira del clero contra la revolución. Una parte considerable de los clérigos respiraba el espíritu revolucionario, metido por los resquicios de las puertas en el templo cerrado á su influencia, y hacía extraña mixtura del ideal de la teología Suma con el ideal de la democracia contemporánea; mas el mayor número luchaba en lucha cruel contra tales componendas y quería que conservara el trono los apoyos insustituibles del altar.

La Constituyente creyó que la sublevación oficial concedida en las nuevas leyes al clero autorizábala de suyo á la temeridad tan terrible como la de organizar este viejo poder del Estado, conforme pudiera organizarse una oficina del Estado. Y cometía tamaña profanación la inexperta con tal inocencia, que declaraba obedecer al móvil de asegurar la religión en el nuevo régimen y aquietar los ánimos y los espíritus inquietos al temor de las innovaciones. Pero las gentes religiosas estaban alarmadísimas, viendo cómo el viento de la revolución hacía vacilar la llama del santuario, cuyo resplandor parecía encenderse y apagarse á sus furiosas encontradas corrientes. Así contábase que un cura, de antiguo espíritu evangélico, había estado cuarenta días y cuarenta noches, en penitencia y en ayuno, la cabeza cubierta de ceniza y el cuerpo de cilicio, ante los altares pidiendo que apartara el cielo de la Iglesia un cáliz tan acerbo como el cáliz que la revolución le apercibía. Con efecto, aunque la Constituyente no declaró de plano la libertad religiosa, como deseaban los revolucionarios, tampoco declaró de plano el Catolicismo culto único de la nueva Monarquía, como deseaban los conservadores. Tales perplejidades hacían decir á los devotos que sus diputados concluirían destronando á Dios en cualquier votación ordinaria, de sentados

y levantados; acres y venenosas burlas clavadas como agudísimos dardos en el corazón de la democracia. Así, para satisfacer el sentimiento antirrevolucionario, cometieron el mayor de los atentados que perpetrara en su vida la temeraria revolución. El veintinueve de Mayo del noventa pronunció una oración exaltadísima, obispo tan autorizado como el obispo de Aix, contra las reformas propuestas por una comisión de la Cámara en los organismos y corporaciones del clero. Según su creer y sentir, la facultad suprema de gobernar la Iglesia se delegó por Cristo á sus apóstoles y por los apóstoles á sus obispos, no pudiendo magistrado ninguno, ni legislador, ni Monarca, ni Congreso, inmiscuirse para nada en espirituales regiones, tan inaccesibles á las leyes humanas como las mismas alturas del cielo. Contestóle á la sesión subsiguiente un diputado, como Frehilard, en cuyas arengas encuentra el observador diligente las capitales observaciones aducidas por la revolución á favor del nuevo régimen eclesiástico. En la Iglesia de Francia, según este innovador, se veían potentados riquísimos sin trabajo y trabajadores asiduos sin remuneración. Las diócesis conservaban el carácter feudal, unas extensas hasta sustraerse al poder de sus obispos y otras diminutas al extremo de semejarse á parroquias, debiendo ser los beneficios eclesiásticos grandes para ocupar al beneficiado, pero no tan grandes que lo agobiaran y destruyeran. Así manteníanse las diócesis, distribuidas con arreglo á nueva geografía eclesiástica; pero se disolvían con cabildos y se acababa la dignidad del canonicato. Los párrocos no debían provenir del nombramiento episcopal, debían provenir de la elección popular. En primitiva Iglesia era el pastor hechura del ganado. Setenta y dos discípulos contaba el apóstol San Matías, el primero nombrado cabeza de su asociación religiosa y los setenta y dos votaron en comicio religioso tal que podíamos llamar de sufragio universal eclesiástico su nombramiento. Y después de alabar la refundición de los obispos; el nombramiento por las muchedumbres de los curas; las estirpaciones de los canónigos, verdaderos zánganos en las colmenas del Señor; mantenía el derecho y jurisdicción de los poderes civiles ó laicos sobre la Iglesia, puesto que los obispos no pueden episcopar sin el pase régio, ni los curas curarse de las almas sin congruas oficiales. El cura Le Clerc se revolvió contra estas ideas, y dijo que mientras las nuevas leyes y las nuevas ideas cerraban monasterios é Iglesias; disolvían cabildos y desnudaban de su culto secular las catedrales, mantenían como un legal instituto la prostitución y aumentaba en muy considerable número garitos y lupanares, con lo cual diríase que todos los demonios se huían del infierno y se iban á la Francia regenerada. Robespierre defendió las teorías que formulara la elocuencia de Rousseau, y que permanecerán eternamente con el nombre de jacobinas, por haberlas en el club de este nombre formulado él y cumplídlas en la Convención durante los tiempos que sobre tal Congreso ejerciera su omnipotente dictadura. Proclamando el dogma de la omnipotencia social deducíanse de su proclamación estos principios rigurosos: Primero, todas las funciones públicas derivan de institutos sociales. Se-